

cega. Además, cuanto le rodeaba la seducía: la naturaleza salvaje y atractiva á la vez, las costumbres originales de los habitantes de aquella admirable comarca, y, en fin, el misterio de su incógnito que le permitía vivir todo el tiempo que quisiera entre la clase baja del pueblo, cuyo estudio es muy interesante en un país en que los mendigos tienen tanto orgullo como los grandes señores. Merimé le volvía á la memoria con la poética figura de la silvestre Colomba, el feroz rencor de los Baricini y le parecía vivir dos siglos atrás en aquella Córcega dividida como antaño, por el odio de los partidos rivales y el recuerdo de las sangrientas *vendette*.

Pasó toda la tarde recorriendo solo las calles de la ciudad, pues Agostino le había dejado, por discreción, entregado á sí mismo. Pedro no se aburrió ni un segundo: el movimiento de la población grave y reservada; los pintorescos trajes de la gente de campo que llevaban víveres para el mercado, provistos casi todos de fusiles; los oscuros vestidos de las mujeres, cubiertas la cabezas con el *mex-zaro* negro, como si estuvieran de luto; todo cuanto veía, en fin, cautivaba su atención.

Entró en la tienda de un sastre y compró un traje completo de terciopelo oscuro, parecido al que usan los bandidos calabreses, pues

no podía decentemente conservar el capote, el pantalón y las alpargatas del marinero. Encontró en una tienda de colores de la calle de la Traverse una caja de pintor y algunos liensos de diferentes tamaños. Tranquilo yá respecto el empleo de su tiempo en la patria de Buonaparte, Pedro tomó el camino de la posada, comió con Agostino, dió una vuelta por el puerto, se acostó á las nueve, y durmió sin despertarse durante toda la noche.

El sol, entrando por la ventana, le obligó á abrir los ojos, Saltó de la cama, se vistió, y tomando la caja de colores que comprara la vispera, se encaminó hacia la balandra. Mediante algunos céntimos, le transportó una canoa hasta el barco, bien sujeto por sus dos anclas y en cuya proa vió una ancha tabla amarrada al bauprés con dos cuerdas, formando una especie de columpio delante de la despintada imagen del santo patrón del buque.

Guiado por el capitán é instalado por la tripulación, Pedro se puso inmediatamente al trabajo, y mientras estaba pintando la imagen de madera esculpida, dos marineros meciéndose en algunas maromas, le miraban con admiración.

Bajo su pincel, los tonos se extendían deslumbradores, la cara tomaba expresión de vida, los ojos brillaban y el brazo extendido pare-

cía mandar á las olas. Á las diez, la obra de Pedro era perfecta, y rodeado del nuevo respeto que inspira el talento, almorzó el jóven por última vez con sus compañeros de un día.

Á eso de las doce dejó el buque acompañado por toda la tripulación y después de apretar la mano á aquellos á quienes debía más que la vida, subió con Agostino en una especie de carricoche, alejándose de Bastia al trote de un espeluznado caballo.

Desde el fielato de esta ciudad, el camino serpentea entre campos plantados de vides y olivos, separando sus lindos bosquecillos de eucaliptus y de encinas. El terreno es arenoso y la temperatura en extremo suave. Riachuelos que bajan de la montaña, se pierden por entre las tierras del valle y forman estanques cubiertos de cañas, encima de las que revolotean bandadas de patos y de ánades. El camino sigue la orilla del mar y toca muy pocos pueblos. Agostino conducía el caballo á lento paso con el fin de ir explicando á su compañero las costumbres del país, entregándose á esto con una expansión y una alegría que formaba singular contraste con la gravedad que demostraba á bordo. Parecía un chiquillo gozando de las vacaciones.

—¡Verá usted—decía—qué rico es nuestro país! Torrevecchia no es un pueblo de pere-

zosos pastores; allí hay comercio... Mi padre vendía su vino, y nuestra viña tiene alguna importancia. Mi cuñado es el que ahora la cultiva y la explota... Mi madre y mi hermanita más pequeña habitan una aldea anexa al pueblo... Tienen con qué vivir, y yo procuro además que nada les falte... ¡Oh! cuanto van á quererle á usted al saber lo que por mí ha hecho...!

El pintor sonrió pensando en el agradecido afecto de aquellas pobres gentes y se dijo:—No los incomodaré mucho tiempo, quiero volver pronto á mi libertad. Pasaré algunas horas con esta familia, y después tomaré un guía que me lleve por la montaña, pues no me conviene el país bajo, ni la orilla del mar. Necesito recorrer la alta Córgega, la comarca de los bandidos. Para tomar croquis, nada mejor que los alrededores de Bocognano, tierra clásica de la *vendetta*... Tengo veinte luisas en mi portamonedas y en mi cartera un billette de mil francos, restos de naufragio... Es más de lo que necesito para vivir algunos meses en esta primitiva comarca, en medio de gentes que carecen de necesidades... Y para cuando se me acabe el dinero, cuento con mi oficio... ¡Pintaré vistas y retratos á cinco pesetas... como los hacía cuando era jovencillo!

Después de pasar el puente de San Pancra-

cio el coche corría por una pendiente entre dos filas de castaños seculares. El sol bajaba ya hacia el horizonte, poniendo la montaña de color de púrpura con sus últimos rayos. Agostino dejó el camino que había seguido hasta entonces para tomar otro más pequeño que se internaba en los campos, y se puso á silbar como los mirlos de su país. Un enorme perro acudió, ladrando con furia; pero se precipitó hacia su amo dando aullidos de alegría. Una anciana y una niña aparecieron en el verjel y avanzaron con los brazos abietos. Agostino las abrazó emocionado y las empujó hacia su salvador, explicándoles su aventura en el dialecto corso y con sin igual volubilidad. Después de las demostraciones de agradecimiento de aquellas buena gentes, Pedro, festejado por todos y hasta por el perro, se encontró instalado en seguida en una casa muy sencilla, pero dé sin par limpieza, sentado en la mesa de la familia y lleno de una tranquila satisfacción que no había sentido desde hacía mucho tiempo.

Se acostó temprano, dando las gracias á sus huéspedes por tan cordial recibimiento. Á la mañana siguiente levantándose más tarde que de costumbre, almorzó, hizo una visita á las dependencias de la casa, trabó conocimiento con el cuñado de Agostino, que era gran cazador, con su hermana; muy mujer de su casa,

y jugó con la pequeña Marieta, pue desde la víspera le estaba observando con sus negros y penetrantes ojos; pero que no se acercaba sino con timidez.

La noche llegó al fin, sin que Pedro se ocupase ni pensara en nada, y solo ya en su habitación, antes de dormirse, tendido en un fresco jergón de hoja de maíz, se estuvo burlando de sí mismo.

—Llevo la vida de los pastores, mi corazón y mi cerebro van á salir nuevos de aquí. ¿Qué dirían mis amigos si me viesen entregado á este idilio?... ¿Pero qué podrían decir sino que la madona, en la que tanta fe tienen todos los que me rodean, me ha protegido de un modo visible? Pedro Laurier, amigo mio, se decía á sí mismo el joven: seguías un mal camino y un milagro te ha salvado. Aproveche el favor que la Providencia te ha concedido, goza del tiempo que te pertenece no desperdiciándole, trabaja con libertad, cosa que hasta aquí pocas veces has podido hacer. Fuiste mejor tratado de lo que merecías... Agradécelo.

Y durmiéndose entregado á estos buenos pensamientos, soñó que estaba pintando un cuadro en el que aparecían el ángel malo con las encantadoras y diabólicas facciones de Clemencia Villa y el bueno con el agradable y candoroso semblante de la señorita de Vignes,

dejándose ver en el mismo lienzo la imagen de Santiago con sus rubios cabellos y su melancónica mirada. Clemencia se acercaba al joven paciente y le hablaba en voz baja con animación, apoderándose de él poco á poco; el enfermo palidecía, su mirar se hacía más profundo y sombrío y sus labios perdían color. Entonces los ojos del pintor se volvieron hacia Julieta y la vió dominada por mortal tristeza, con las manos cruzadas en actitud de rezar; pero no era por su hermano por quien oraba. Otro nombre pronunciaban sus labios, y Pedro, adivinando que era el suyo, quiso abalanzarse hacia ella para tranquilizarla y consolarla; pero el brazo de Santiago se interpuso como un obstáculo y su boca pronunció estas palabras:

—No te pertenece ya, puesto que me has dado tu alma. No tienes el derecho de aparecer otra vez.

Entonces Pedro se detuvo y poco á poco el cuadro se borró, no presentando ya sino á la pequeña Marieta con sus negros ojos y su ingenua sonrisa, guardando un rebaño de cabras á la sombra de añosos castaños.

La noche pasó llena de estas agitaciones; pero cuando el joven despertando, recuperó la calma, se marchó de caza con Agostino y su cuñado. Así fué pasando el tiempo, y al cabo

de una semana, el marinero anunció que le era preciso volver á bordo. La ausencia debía prolongarse cerca de un mes y contaba hallar todavía á la vuelta á su salvador en la casa.

Pedro era considerado por aquella familia como si perteneciese á ella, y los humildes aldeanos le demostraban afecto tal, que nunca lo había encontrado tan sincero. Se aficionó á la vida de rústica felicidad, y no pensó por entonces en salir de allí; consintió, pues, en los deseos de Agostino y se quedó. Empezó el retrato de la pequeña pastora, y en medio de aquella calma y de tan espléndida naturaleza, toda la frescura de su inspiración, nuevamente recuperada, apareció con más gracia y poder. Trabajaba todos los días hasta las cuatro, y por la noche se entretenía jugando con el cuñado de Agostino y su mujer que iban a pasar la velada á casa de su madre.

El alcalde de Torrevecchia, benapartista rabioso, al saber que un pintor se hallaba de paso en el país, se arriesgó en compañía del cura á presentarse á Pedro para obtener de él que restaurase las pinturas de la iglesia, muy curiosas, que databan de la ocupación genovesa y eran debidas al pincel de un maestro italiano. Laurier aceptó la ocupación y no contentándose con retocar las partes estropeadas de los frescos de aquel pequeño templo,

emprendió también el decorado de la capilla de la Virgen, que era de reciente construcción.

Absorto en sus trabajos. cazando y pescando, sin tener ni un minuto de ociosidad, Pedro entró tan completamente en posesión de sí mismo, que no se acordaba ya de las vicisitudes pasadas. Se hubiera llenado de vergüenza al referirle que en una templada noche, cuando susurraba la brisa, murmuraba el mar y el esplendor del firmamento atestigüaba la universal armonía, un tal Pedro Laurier quiso atentar contra su vida, perturbada su mente por la influencia de los perversos ojos de una mujer que le martirizaba; se hubiera ruborizado, repetimos, ante el relato de este hecho, del mismo modo que, normalizado después y más sereno, encogiéndose de hombros y encendiendo su pipa, hubiese asegurado á cualquiera que no había en el mundo mas que una cosa que mereciera hacer esfuerzos pura conseguiría, y que esa era la de dar todo su valor artístico á una cara pintada en la claridad del aire libre. Y entornando la vista, miraba por encima de su paleta á la pequeña Marieta, quien sentada sobre una raíz de castaño, con los pies en la verde hierba y el perro tendido á su lado, servía orgullosamente de modelo.

Agostino de regreso de una expedición á Liorna, permaneció en la casa algunos días y

se marchó otra vez. Pedro, de tal modo se aclimató allí, que no hablaba de partir. Había comprado en Bastia los muebles que faltaban en la casa y cuya llegada constituyó una novedad para los habitantes de la aldea, los cuales se daban ya cuenta de la diferencia de condición social que existía entre el pintor y aquella familia, pues el alcalde y el cura declararon que Pedro era un hombre superior. Sus modales daban á conocer que había vivido en las grandes ciudades y su generosidad indicaba ser rico. Pero ¿quién era? Pedro nunca dijo su llido. ¿Lo ocultaba acaso? Y ¿por qué?

El alcalde, arrastrado por la general curiosidad, procedió á un informe.

Ya el prefecto de Ajaccio estaba enterado por el subprefecto de Bastia de que un misterioso habitante del continente que vivía en compañía de una modesta familia de Torrevecchia, ejecutaba notables trabajos pictóricos en la iglesia, y que todo en su persona demostraba perfecta honradez; pero que no obstante creía prudente asegurarse de su identidad. La administración no se cuidó de las formas y mandó á la gendarmería de Bastia que procediera al examen de los papeles del forastero.

Felizmente el sargento tuvo la idea de pasarse por casa del alcalde antes de proceder

al cumplimiento de su misión. El jefe del municipio, comprendiendo que su oculto manejo iba á producir un disgusto á aquel por quien sentía particulares inclinaciones, riñó al sargento, que de nada tenía culpa, le despidió dándole una carta para el subprefecto y evitó de este modo á Pedro, que estaba tranquilamente trabajando, la presencia de los gendarmes; ne se supo, pues, por entoces quién era.

Hacia cosa de dos meses que Pedro estaba en Torrevecchia, repartiendo el tiempo entre la caza, la pesca y la pintura. Había terminado no solamente el retrato de Marieta y la restauración de la iglesia, sino también otros dos cuadros, cuando, durante una ausencia que hizo para visitar las minas de plata situadas en los alrededores de Calvi, un coche procedente de Bastia, dejó delante de la posada de Torrevecchia á dos viajeros acompañados de sus sirvientes. Pidieron aquellos de almorzar y después interrogaron al dueño de la posada respecto á lo que era digno de llamar la atención en el pueblo. El posadero les habló con entusiasmo de las pinturas de la iglesia. El más joven de los dos, á quien su compañero llamaba doctor, fué solo á visitar el templo. Se paró delante de un cuadro representando la Resurrección y lo examinó con atención profunda; lo admiraba y al ver el párroco atravesando la iglesia le llamó y le dijo:

—Posee usted ahí, señor cura; una obra de mucho valor: es de un maestro francés... El pintor que aquí trabajó no es italiano...

—En efecto, señor—replicó el sacerdote—es francés.

—¿Cómo se llama?

—Lo ignoro.

—¡Ah!—exclamó el doctor...—¿Ha conservado el incógnito?

—Pero vive en el país—repuso el cura—y...

El doctor fijó en el cura sus ojos y dijo con viveza:

—Entonces hará poco más ó menos dos meses.

El forastero pareció hacer mentalmente un cálculo y murmuró:

—¡Es posible!

Luego en voz alta:

—Por lo menos sabrá V. su nombre.

—Sí señor, se llama Pedro.

—¿Tiene los cabellos castaños, los ojos azules, el bigote rubio y regular estatura?—preguntó el visitante con viveza.

—El bigote rubio, no—replicó el sacerdote. Una toda la barba; pero sus ojos son azules y su estatura mediana...

—¡El es! ¡el es!—exclamó el doctor.—Además, no hay otro que sea capaz de pintar este cuadro...

—Conoce usted á ese jóven, caballero?— preguntó el cura.—¡Oh! si quisiera decirme...

—¿Quien es? No debo hacerlo, puesto que quiere que no se sepa. Lo que sí puedo decir á usted es, que el que ha trabajado aquí es, aunque joven, una de las glorias de la escuela francesa... Mas le veré... ¿En dónde está?

—Se ha ausentando por unos cuanto días...

—¿Ausente?... ¡y partimos mañana!... No importa, es preciso que deje aquí una huella de mi paso por este pueblo...

Y sacando un lápiz de su cartera y preparándose á escribir en la pared blanqueada con cal, dijo:

—¿Me permite usted, señor cura?...

—Haga usted lo que guste—respondió el sacerdote.

Entonces el doctor escribió debajo de la Resurrección pintada por Pedro estas sencillas palabras: *Et idem resurrexit Petrus...* Firmó: Davidoff, y luego dirigiéndose al párroco:

—Cuando vuelva, muéstrele usted esta inscripción que el comprenderá lo que quiere decir.

Saludó al sacerdote, volvió á la posada y dijo á su compañero:

—Mi querido conde, ha hecho usted mal en no salir conmigo, pues hubiese visto una cosa curiosísima.

--¿Que?

—Ya se lo contaré cuando estemos á bordo.

Aquí es un secreto.

Ambos viajeros encendieron cada uno su cigarro, montaron en el coche y partieron.

Pedro volvió dos días después de su excursión con el cuñado de Agostino; traía unos lindos pendientes de plata para Marieta y una hebilla de cinturón para la madre. Almorzó con mucha alegría y se disponía á trabajar, cuándo el párroco es presentó en la sala.

—¡Ah, es el señor cura!—exclamó Pedro. Qué le trae por aquí?

—Una misión de que me han encargado cerca de usted.

—¡Ah! ¿Quién?

—Un forastero.

La frente de Pedro se nubló, y con voz algo temblona, dijo:

—Veamos de qué se trata.

—Si quisiera usted seguirme á la iglesia, lo sabría más pronto y mejor.

—Voy con usted al instante.

Cogió su sombrero y salió con el sacerdote. Durante la mitad del trayecto, Pedro no pronunció una sola palabra; pero al llegar á la plaza, el cura le dijo:

—La persona á quien me refiero ha visto las pinturas de V. y me ha asegurado que ha enriquecido V. nuestra iglesia con un cuadro de inapreciable valor.

El jóven no contestó; pero movió la cabeza con indiferencia. Apresurando el paso como si tuviera prisa por saber quién había hablado de él al cura, atravesó la nave, y al llegar delante de su Resurrección leyó profundamente conmovido la inscripción latina: *Et idem resurrexit Petrus...* Davidoff... Dejó escapar un hondo suspiro, repitió con voz ahogada: Davidoff... y quedó pensativo.

El sacerdote, traduciendo la frase latina, dijo detrás de él:

—*Y también ha resuscitado Pedro...* ¿Ha habido, pues, intervención divina? Mi querido hijo, es preciso por ello alabar á Dios...

Pedro pasó la mano sobre la frente, sonrió al sacerdote, que cortado le estaba mirando, y contestó con emoción:

¡Sí, Dios ha intervenido y por ello sea loado!...

Permaneció embebido durante algunos instantes en la contemplación de lo pasado, y añadió después con suave tono:

—Señor mio, agradezco á usted la molestia que se ha tomado. Lo que acaba de comunicarme es muy interesante para mí... Hasta la vista, señor cura...

Y con paso lento y la cabeza inclinada, volvió á casa de la madre de Agostino.

Al día siguiente un monaguillo le trajo una carta echada en el correo de Ajaccio con estas



— En efecto, señor,—replicó el sacerdote—es frances.

señas: «Señor cura de Torrevecchia; para entregar al señor Pedro.» El corazón del joven se encogió al abrirla y leyó lo que sigue: «Querido amigo, pertenece usted todavía á este mundo y ninguna sorpresa podía serme más agradable. Yo soy quien ha llenado la penosa misión de llevar á Beaulieu la esquila en que anunciaba usted su fatal resolución, felizmente no ejecutada. Aquel á quien daba usted su alma, bien sea por efecto de sugestión ó por la influencia de una repentina confianza, se ha sentido revivir y está mucho mejor. Pero tenga usted entendido que una persona que se halla á su lado, por pocho deja de existir al anuncio de su muerte de Vd. Sepa, hái en el fondo de su retiro, que ha pasado usted, sin verla, muy cerca de la felicidad; mas le es á Vd. posible encontrarla todavía. Reciba la expresión de mi sincero afecto.— DAVIDOFF.»

Así que hubo terminado la lectura de la carta, Pedro guardó ésta en el bolsillo y salió: dirigióse muy pensativo por el camino de Bastia y desembocó enfrente del mar que se hallaba muy en calma, y su azulada superficie ofrecía, bajo los rayos del sol, hasta donde alcanzaba la vista, ese gratisimo y bello aspecto que despliega el alma ideas de consuelo y de nobleza. Algunos barcos surcaban

las aguas tan suavemente que parecían inmóviles. El joven se sentó en una roca y como la noche en que había querido matarse, se entregó á sus reflexiones.

Poco á poco su mente evocó el recuerdo de Santiago y no le veía ya pálido y triste. El brillo de la juventud y la alegría de la salud irradiaban en todas sus facciones y gozaba apasionadamente de los encantos de la vida.

Andaba con vigorosa fuerza por el terrado de la casa de Beaulieu, entre la fresca verdura de las nacientes flores. Todo allí se despertaba bajo el poderoso influjo de la naturaleza, y Santiago, aún más reanimado que las plantas y las flores, resplandecía con exuberante hermosura. De repente apareció Julieta á su lado, y ella era ahora la que se hablaba melancólica y delgada. Sus encantadores ojos estaban rodeados por negro círculo, sus mejillas se hundían y su sonrisa tenía la angustiosa dulzura de un último adiós.

Pedro se estremeció hasta lo más profundo de su corazón. Le parecía que la joven, vuelta continuamente hacia el mar, buscaba, su huella en las azuladas olas. La veía minada por el pesar que la producía su muerte. ¡Pobre niña, cuya ternura había conocido y desdeñado! Y la creación de su fantasía fué completa, pues le pareció oír una voz que murmurando á su

oído, le decía: «Tú eres el causante de sus lágrimas, de su sufrimiento y de su languidez. Te lo han dicho: se muere porque cree que has muerto tú. No tenías más que pronunciar una palabra para que ese casto corazón te perteneciera, pues lleno estaba de ti y sólo por ti latía. Era la paz y la felicidad que por tu culpa has perdido. ¿Qué esperas para conquistarlo de nuevo? ¿Dejarás que baje á la fría tumba esa tierna flor que por tí llora? ¡No tienes más que aparecer, para que renazca lozana! ¡Vamos, empieza nuevamente tu vida! Tuyo es el porvenir, puesto que eres amado!»

Un fuerte sollozo salió del pecho del joven y ardientes lágrimas se desprendieron de sus ojos, las primeras después de las vergonzosas que Clemencia Villa le había hecho verter. Pero no se dejó dominar mucho por el enterrecimiento. Con severa firmeza interrogó su conciencia. ¿Etaba bastante purificado y regenerado por su austero retiro? ¿Se sentía capaz de emprender una nueva existencia? ¿Sabría resistir á las tentaciones que se presentarán á su paso? Se estremeció. Una cabeza morena y pálida, de ojos brillantes y rojos labios, acababa de aparecérsele, y aquella imagen, evocada por su mente febril, se reía de querido morir. ¿Por qué reía así dejando ver sus blancos dientes y aquellos graciosos

ojuelos que se formaban al lado de su boca? ¿Era acaso de él? ¿Se creía tan cierta de atraerle otra vez á sus pies cuando se le antojase? ¿Era él todavía su esclavo?

Pedro tuvo miedo. Su debilidad había sido tan grande, sus locuras tan desastrosas, su cobardía tan completa y su caída tan honda, que con el sólo pensamiento de verse de nuevo subyugado bajo el dominio de aquella mujer especial, el sudor empapó su frente y su corazón latió con angustia. Pensó por segunda vez en la muerte y le pareció ésta mil veces preferible á tanta obyección. Posó, anonadado, su cabeza entre las manos y en medio del esplendor con que declinaba aquella tarde serena y tranquila, quedó pensativo enfrente del mar. Poco á poco sus pensamientos se purificaron y él, que no había rezado desde la infancia, viéndose solo, triste y abandonado, elevó su alma á Dios. Nada pedía para sí mismo. Aceptaba su suerte por dura y miserable que fuera. Pero aquella jóven tan dulce y pura, ¿no merecía ser feliz? Imploró en su obsequio al Ser Supremo, suplicando le concediese calma y esperanza en lo porvenir; puesto que tenía él la dicha de ser amado por ella, que tuviera la pobre niña fuerza suficiente para aguardar a que el corazón de Pedro estuviera limpio de toda mancha. ¿Podía rehusarle esa merced la

divina? El joven pronunció en la soledad suplicantes palabras.

De repente solicitó con viveza su atención un eco que vino á simbolizar en breves instantes sus temores y esperanzas.

Desde cierto promotorio de rocas que á sus pies avanzaba en el mar, tendió el vuelo una tórtola asustada por la persecución de un águila que se cernía encima de ella. La pobre ave-cilla huía con cuanta velocidad le permitían sus alas; pero el ave de rapiña se aproximaba cada vez más, lanzando agudos gritos. Este espectáculo hirió la imaginación de Pedro y se dijo: he aquí un presagio. Si el águila vence, es que todo se ha perdido lo mismo para Julieta que para mí, y si la tórtola escapa á las garras de su enemiga, deberé esperar y fortalecerme para aparecer nuevamente digno de la felicidad.

Desde el momento en que formuló con tanta claridad el problema de su destino, Pedro no respiraba siguiendo atentamente la lucha de ambos pájaros. El águila había bajado; volaba á poca distancia cerca de la tórtola, abierto su encorvado pico y dispuestas sus terribles garras. La infeliz tórtola, asustada, huía en dirección á un bosquecillo de encinas, en donde esperaba ocultarse; pero, adivinando su táctica, la feroz águila activó su persecución.

Pedro, con el corazón encogido y las manos temblando, hubiera querido comunicar alientos á la tórtola. pues veía ya el instante en que iba á perecer. La carnívora ave tocaba ya á su víctima, cuando desde el bosquecillo de encinas un blanco humo subió hacia el cielo, al mismo tiempo que se oyó una explosión y el águila, con mortal herida, cayó en tierra, mientras, que la tórtola desaparecía entre las ramas.

Pedro dejó escapar de su pecho un grito de alegría. La respuesta á su demanda había sido inmediata y clara. El destino había manifestado su intervención de modo innegable y el invisible cazador, cuya bala hubo de dilucidar aquella trascendental cuestión ¿no fué traído tan á punto para dar término á sus angustias? Pero volviendo repentinamente á su ser burlón de antes, rompió á reír, y no creyendo que un tiro al matar un pájaro pudiera arreglar tantas cosas, movió la cabeza, diciendo:

—El trabajo: ese es el verdadero remedio. Desde el día en que le abandoné, me vi perdido. Me he entregado á él otra vez y me salvará.

El sol bajaba por el horizonte, rojo como una braza Pedro levantándose y con él corazón más tranquilo, entró en el pueblo.

IV.

Era primer día de carnaval, y el casino de Niza, espléndidamente iluminado, se habría para el gran baile. En la plaza Massena, una multitud compacta de curiosos miraba entrar las máscaras y agruparse alrededor del burlesco trono en que dos días antes habían sentado con toda solemnidad al rey del carnaval vestido con un traje lleno de lentejuelas, ostentando en vez de cetro, el juguete simbólico de la locura. La orquesta rugía. efecto de sus numerosos instrumentos de cobre, y el ritmo de los valeses y de los rigodones llegaba á la plaza, ahogado en parte por el murmullo del gentío que, pareciéndose á las movedizas olas del mar, llenaba el vasto edificio, entregado toda la noche á los caprichos y á la fantasía.

La antesala estaba llena de plantas, en las que reflejaban las luces. Una elegante turba de dominos multicolores, con careta ó sin ella, circulaba por el gran vestíbulo, dirigiéndose hombres y mujeres picantes bromas, cuya réplicas volaban como flechas en medio de carcajadas de amorosas persecuciones, y de huídas combinadas con habilidad y coquetería. En la sala se bailaba como en la Opera, en el sitio ocupado por las butacas y por la or-